

No se mencionan aquí prácticamente ninguna de las entrevistas realizadas a García Márquez desde 1954.

Pero, además, ¿no hubo un solo comentario en Europa ni en Estados Unidos acerca de García Márquez en 1982, año en que le fue otorgado el premio Nobel? ¿No apareció un texto que al menos informara de este galardón? ¿No hay nada que valga la pena reseñar en el tercer continente que visitó Don Klein en desarrollo de esta labor? A propósito, ¿cuál es ese continente del cual no aparece ni aquí ni en ninguna otra parte de los dos tomos de esta *Bibliografía* mención alguna? ¿Tampoco encontró Klein nada por allá? Y en ese año del Nobel de 1982, ¿no se publicó algo a este respecto en Latinoamérica?, ¿ni siquiera en Colombia, en *El Espectador*, de Bogotá, o en *El Universal*, de Cartagena, o en *El Heraldo*, de Barranquilla, los periódicos donde trabajó García Márquez?



Lamentable, limitada, por decir lo menos, esta sección. Un muy pobre balance para tantos años de trabajo y dedicación de un especialista.

“Sección P”

“Ediciones piratas”

“Libros y folletos producidos y comercializados sin autorización ni pago al autor o a su agente, exclusivamente de la primera aparición en la sección A”.

A pesar de que esta sección contiene cincuenta entradas, todos sabemos que, infortunadamente, se queda corta. A este fenómeno de la piratería ya le había dedicado Don Klein varias páginas en el prefacio de su obra, donde describe los alcances, características y localización de este comercio ilegal de proporciones realmente descorazonadoras.

Curiosa la inclusión como piratas de algunos libros editados por La Oveja Negra, la editorial que tenía

los derechos de autor para publicarlos en Colombia y varios países de Centroamérica y el área andina. Parece que nunca se aclarará del todo esta historia.

“Apéndice 1”

“Ediciones limitadas”

Aquí se presenta una lista de libros de Gabriel García Márquez de edición numerada, trece en español y tres en inglés. No incluye la edición conmemorativa, fuera del comercio, de los cincuenta años de la publicación del cuento *La tercera resignación*, que es la misma conmemoración que anima a Don Klein a adelantar y redondear su tarea bibliográfica.

“Apéndice 2”

“Cuento corto referencia cruzada”

Este apéndice relaciona cuarenta cuentos de García Márquez con su título original en español y su respectiva traducción al inglés; luego hay otras dos columnas donde se relacionan 38 cuentos con su título en inglés primero y enfrente su título en español. Ninguna de las dos tablas de referencias contiene el cuento *Un hombre viene bajo la lluvia*, publicado originalmente en *El Espectador*, de Bogotá, el 9 de mayo de 1954.

“Índices”

El libro se cierra con una lista de “Abreviaturas y consultas” y el Índice onomástico, el Índice de obras y el Índice general.

Omisiones, vacíos, inconsistencias, contradicciones, pifias, aseveraciones arbitrarias, verdades a medias, inventos caprichosos, fechas trastocadas, una que otra mentira histórica; sin embargo, *Gabriel García Márquez: una bibliografía descriptiva* de Don Klein es el primer trabajo publicado sobre el tema y como tal se constituye en referencia para quienes quieran conocer y estudiar la bibliografía “garcimarquiana”. Así no haya logrado su autor la pretensión de brindarnos y hacer valer su erudición donde sólo encontró “caos, confusión e ignorancia”.

ARIEL CASTILLO MIER

Una lección para los comunicadores con cartón

Obra periodística (1940-1970).

Tomo I: *Vigilia de las lámparas*

Héctor Rojas Herazo (compilación y prólogo por Jorge García Usta)

Fondo Editorial Universidad Eafit, Medellín, 2003, 652 págs.

Hay libros que resultan intimidantes desde la primera mirada, y las razones de este efecto pueden ser muchas. El primer tomo de la compilación de la obra periodística de Héctor Rojas Herazo es uno de tales volúmenes, por varias circunstancias. Primero, en razón de la apariencia casi pétrea del volumen: un libro grueso y macizo, empastado en tapas duras de color verde musgo, por lo cual es casi inmediata la asociación con el ladrillo de un antiguo edificio, a medias devorado ya por la vegetación. La pintura que ilustra las tapas, *Bodegón del pez azul*, del mismo Rojas Herazo, refuerza aún más esa impresión.



Segundo, en razón de los números mismos: 652 páginas de diagramación apretada dan cabida a 252 artículos periodísticos de este escritor nacido en Tolú en 1921. Lo cual se refleja en un peso físico de

Vigilia de las lámparas superior al kilogramo, por lo que este libro resulta más adecuado para ser leído apoyándolo en la mesa de una biblioteca pública, que para leerlo recostado cómodamente en un sillón, pues esta última alternativa tendrá para el lector, luego de sólo un rato, la incómoda consecuencia de provocarle calambres en los brazos y una inevitable desconcentración.



Mas la razón principal de que este libro resulte intimidante yace en aquello que es menos obvio que su apariencia o su tamaño y que, sin embargo, sospechamos que se esconde entre sus tapas desde antes de abrirlo por primera vez. Esto es, la idea de rescate de un patrimonio. Algo que subyace como trasfondo a toda compilación de artículos periodísticos, ya que el periodismo es, entre todos los trabajos relacionados con la palabra, el más ingrato en relación con la perduración de lo escrito. Si lo pensamos bien, hay una inmensa paradoja en el hecho mismo de escribir para un periódico: la inmediatez de la publicación se compensa con la calidad de efímero. Así, lo que escribo hoy para un periódico y me publican mañana, será —en la inmensa mayoría de los casos— olvidado pasado mañana. Esa misma paradoja se extiende al público que el artículo periodístico alcanza. Aunque los tirajes de un periódico puedan multiplicar cientos de veces a los de un libro, el 99% de los ejemplares acabarán como papel reciclado, destinados a limpiar pisos o envolver pescados, y los únicos que sobrevivirán serán esos pocos que acaben en las hemerotecas o que hayan conseguido despertar el interés de un lector particular, que decida guardarlo entre sus papeles privados hasta que, inevitablemente, el papel empiece a deshacerse en polvo.

Ahora, el punto que no puede olvidarse todo reseñista de una compi-

lación de artículos periodísticos es que la enorme mayoría de artículos, por duro que pueda sonar, merece ese destino: languidecer en las hemerotecas, hasta que algún estudioso de las ciencias sociales los revista fugazmente, al acudir a ellos con el fin de verificar un dato en particular o hacerse una idea de las opiniones en torno de un hecho histórico concreto. No nos equivoquemos: la gran mayoría de las palabras escritas en un periódico merecen el lugar que ocupan en el limbo, pues son palabras sin mayor trascendencia. Más aún en un país como el nuestro, donde los aportes relevantes a los géneros periodísticos han sido relativamente pocos, y el análisis profundo de los hechos noticiosos o la reflexión creativa sobre los problemas contemporáneos han sido la excepción y no la regla.

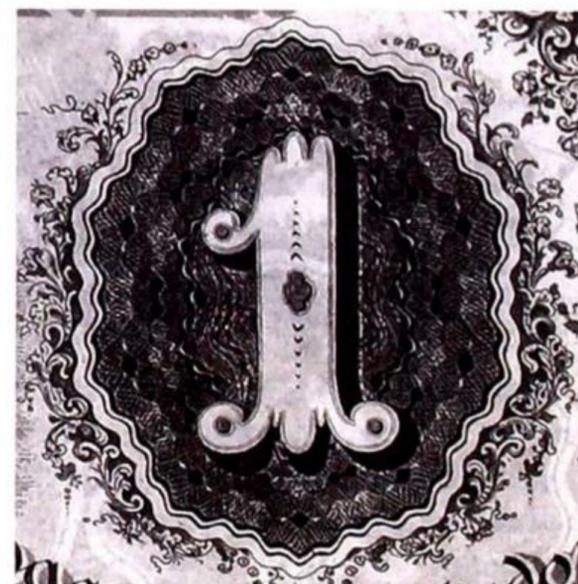
Sin embargo, el olvido tampoco puede convertirse en norma, pues hay casos —sólo unos cuantos, sólo unos pocos— en que condenar al olvido a ciertos columnistas constituye una práctica que bordea con el crimen cultural, pues sus artículos pueden mostrarnos a través de la palabra lo que fuimos y lo que somos —como nación y como especie— de una forma única, que complementa las visiones de lo humano que yacen en otros géneros, como la novela o el cuento.

La tarea del reseñista de una compilación periodística, entonces, no consiste en otra cosa que en juzgar si el autor rescatado pertenece a esa última categoría, o si, por el contrario, su obra merecía quedarse donde estaba, alimentando a las polillas. En el caso de este volumen, el nombre del autor nos permite conceder, ya de entrada, el beneficio de la duda en razón de su importancia cultural: Héctor Rojas Herazo fue de las contadas figuras colombianas que tuvieron resonancia el siglo pasado en Colombia en diferentes disciplinas artísticas. Escribió poesía y narrativa, pintó, defendió los valores culturales, apoyó a jóvenes talentos y cuestionó las taras que afectaban a las artes nacionales. Y cada una de estas actividades y posiciones vita-

les se manifiesta sin ambages en sus artículos periodísticos:

Todo, en nuestras manos de colombianos, se nos vuelve retórica. Por eso escribimos y pintamos y pensamos bonito. [...] Somos el país de la literatura bonita. De las maneras bonitas. Del soneto de corbata bien puesta y de la estatuilla para satisfacer el espíritu bovino del señor Carreño. No hemos pasado del primer año de urbanidad colectiva. [pág. 620]

No es, pues, una figura que dependa de la supervivencia de sus artículos periodísticos para garantizarle un lugar en la historia cultural del país, pero estos pueden complementar su retrato, al mostrarnos otro aspecto de su multifacética vida, convirtiéndose en una nueva página de un nutrido currículum vital.



Hay otro argumento que refuerza la idea de que esta compilación de artículos periodísticos realmente cumple con la labor de rescate de un patrimonio cultural, y es el periodo a los cuales corresponde: 1940 a 1970. Por tanto, el contenido de este libro está enmarcado en lo que fue la gran transformación cultural de mediados del siglo XX en Colombia, cuando por fin los problemas y técnicas de la modernidad comenzaron a manifestarse en las artes colombianas, especialmente en la literatura. A ello habría que añadir que el autor es de la costa atlántica, y ello no es algo que se pueda obviar, pues fue ese el principal punto de entrada de las obras de vanguardia en Colom-

bia. De hecho, García Usta, compilador de este volumen, no duda en calificar lo sucedido entonces como una auténtica “rebelión costeña” (pág. 84). Al respecto, un fragmento de la entrevista concedida por Rojas Herazo a Juan Gossaín resulta esclarecedor:

El bogotano, por ejemplo, siempre pensó que el señor Caro y similares eran un buen antecedente literario. Pero esas bases no existían en la realidad. ¿Qué fue lo que hicimos los escritores costeños? Comprender, con ese gran sentido del realismo que es propia de nuestra naturaleza tropical, que esas historias eran falsas. Y entonces nos dedicamos a buscar las raíces de la literatura verdadera en otra parte: en los grandes novelistas gringos, en Borges, en los escritores del sur. Por eso José Félix Fuenmayor, Gabito, Cepeda, todos pudimos abrir el camino por otro lado. Porque no creíamos en la calidad literaria de los latinistas de Bogotá. [pág. 37]

El anterior fragmento de la entrevista está recogido en el ensayo que, en *Vigilia de las lámparas*, antecede a los artículos periodísticos. Un ensayo de 80 páginas que cumple las funciones de prólogo, escrito por el compilador mismo, Jorge García Usta, y que ilumina para el lector la personalidad de ese gran autodidacto que fue Rojas Herazo, quien fuera un “espíritu antiacadémico desde su adolescencia pueblerina, por entender la academia como el refugio de los humanistas apócrifos y sobre todo como la promoción de la idea antivitalista del arte y la vida” (pág. 10). Entre otros temas mayores del ensayo destacan las influencias periodísticas de Rojas Herazo, que lo muestran como una persona muy al tanto de dónde estaba la vanguardia en la escritura periodística, novelística y ensayística en su época:

[...] en el contexto colombiano los antecedentes particulares más sugerentes eran Baldomero Sanín Cano, Luis Tejada, José Mar y

José Gers, y sus referencias periodísticas internacionales, al menos hasta la mitad de los años cincuenta, eran los españoles Azorín, Gómez de la Serna y Ortega y Gasset, de un lado, y los norteamericanos Hemingway y Dos Passos, de otro [...] [pág. 17]

Un lugar especial en el ensayo lo ocupa, precisamente, el modo como el periodismo marcó la literatura de la costa, nutriendo sus técnicas, y como García Márquez fue uno de los beneficiarios de esto, pero no el único. Frente a “El Nobel”, de hecho —especialmente en lo concerniente a la mitologización del papel del mismo dentro del Grupo de Barranquilla—, la posición de García Usta es en extremo crítica:

[Rojas Herazo] es el escritor colombiano que tal vez más, y más profunda y fraternalmente, escribió sobre Gabriel García Márquez antes de enfrentarse, indignado, a la organización de la mayor dictadura divulgativa del siglo XX colombiano. [pág. 85]

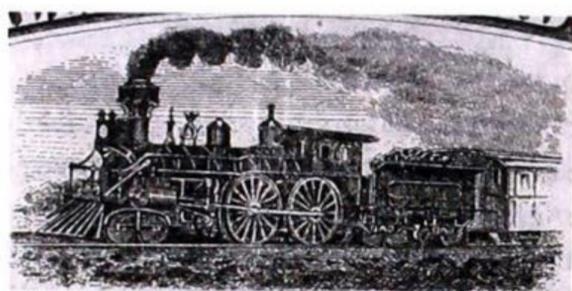


Esta última observación se ve sustentada más adelante en varios artículos de Rojas Herazo sobre su colega de Aracataca. En “Un artista y un grupo”, publicado el 30 de diciembre de 1948, se describe la esencia del Grupo de Barranquilla, sin mencionar aún a García Márquez, de lo cual se extrae que el que éste fuera miembro fundador del grupo es sólo un mito —aunque, sin duda, se integrara a él luego de su llegada a Barranquilla—. Otros artículos posteriores nos muestran esa escritura profunda y fraternal de la que

habla en el prólogo García Usta. En el artículo titulado, precisamente, “Gabriel García Márquez”, publicado el 30 de marzo de 1949, no duda en calificarlo como “primer cuentista nacional” (pág. 106). Y siete años más tarde, en el artículo “‘Nuestra’ novela”, a raíz de la publicación de *La hojarasca*, Rojas Herazo no duda en afirmar que García Márquez va en camino de convertirse en el primer novelista auténtico que haya producido Colombia después de la muerte de Tomás Carrasquilla. Pero quizá el artículo que demuestra mejor el aprecio íntimo entre ambos escritores sea aquel titulado “Tres novelas de Gabriel García Márquez”, publicado el 5 de mayo de 1951, donde Rojas Herazo habla de su impresión de la lectura de algunos capítulos de tres novelas inéditas en las que García Márquez estaba trabajando en ese momento, tituladas *La rebelión de los espejos*, *Los cerezos de Yosanoff* y *El árbol que crecía sobre un cadáver* (pág. 129)... Luego de leer esa sorprendente declaración, el misterio de si García Márquez nunca terminó esas novelas, decidió no darlas a la imprenta, cambió sus títulos o las integró en alguna otra obra, queda en el aire, mas la amistad que lo unía a Rojas Herazo resulta más patente que nunca.

Pero no sólo de García Márquez ni del Grupo de Barranquilla habla esta compilación. De hecho, ambos temas no forman más que una minúscula parte del total. El espectro de temas de este primer tomo de la compilación de artículos periodísticos de Rojas Herazo es tan amplio como el arte mismo, pues la palabra *cultura* es en esencia el único elemento unificador de los 252 artículos del volumen. La división misma del libro corresponde a las distintas ramas de las artes. La primera parte, que ostenta el mismo título del volumen, “Vigilia de las lámparas”, reúne la mayoría de los artículos escritos por Rojas Herazo sobre narrativa y poesía; la segunda parte, “La parábola de nuestro idioma”, se centra en la reflexión ensayística, en particular en los terrenos de la lingüística; la tercera parte, “Náufragos

de la luz”, se destina a sus artículos sobre artes plásticas: la cuarta parte, “Llaga y frenesí de nuestro barrio”, corresponde hasta cierta medida a lo que hoy llamamos estudios culturales, abarcando temas tan variados como el folclor, la idiosincrasia nacional, la danza y la arquitectura; la quinta y última parte, “El alma de nuestro siglo”, se centra en el cine. Los títulos de las distintas partes están extraídos de frases del mismo Rojas Herazo y cada una de ellas está ordenada en forma cronológica.



Respecto de este orden, valga decir que, a mi juicio, es precisamente una de las pocas fallas de esta compilación. Rojas Herazo, como todo periodista, fue adquiriendo maestría en el oficio a través de la práctica y, dado que comenzó a escribir a los veinte años, no resulta extraño que los artículos más logrados estén en la segunda mitad de su vida profesional. Pero como cada una de las cinco partes comienza con artículos publicados en la década de los cuarenta y finaliza con los escritos a finales de los años sesenta, el lector se ve forzado a presenciar cinco veces ese aprendizaje. De más está decir que resulta frustrante terminar un artículo escrito por un maestro del oficio y encontrar que el que da inicio a la siguiente parte es el de un periodista novato —especialmente si se tiene en cuenta que se trata de la misma persona, separada por un par de decenios de experiencia—. Además, la división dificulta realizar un análisis del recorrido vital y de la evolución de los intereses temáticos de Rojas Herazo.

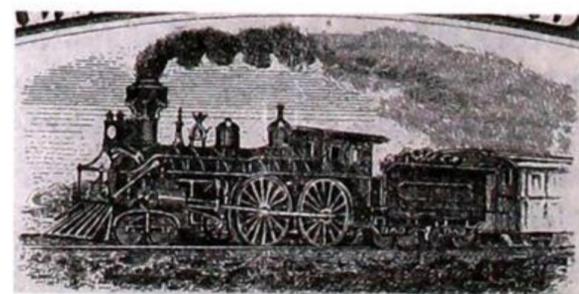
Pero, sin duda, la anterior es una falla menor en una compilación que destaca en su rescate de un patrimonio olvidado, que no sólo nos habla de una época particularmente interesante desde el punto de vista ar-

tístico, sino que también abundan en ella las reflexiones atemporales, válidas hoy tanto como el día en que fueron escritas: aquellas donde el artículo periodístico escapa a su condena a lo efímero por medio de su transformación en obra de arte. Una tendencia hacia lo universal y lo perenne que se ve reflejada en frases y reflexiones que son verdaderas joyas, máximas que quedan rondando por la cabeza del lector mucho después de haberlas leído: “El escritor es sencillamente un hombre que pone su soledad al servicio de los hombres” (pág. 250); “El poeta es el hombre que ha escogido el fracaso” (pág. 269); “La danza es el único intento milagroso de la criatura terrestre por alcanzar el ángel” (pág. 535); “El silencio es la expresión en su estado virginal” (pág. 236). Mas esa capacidad para condensar en sólo un par de frases todo un estado del ser, esa naturaleza poética, no se reduce en Rojas Herazo a la reflexión filosófica, sino que también le sirve para definir individuos, obras, disciplinas o lugares enteros: “Whitman es el optimismo convertido en religión de la conciencia” (pág. 207); “Goya es todo lo animal, todo lo sabio, todo lo misterioso de España metido, apisonado, dentro de un baturro en traje palaciego” (pág. 518); “Era un México ampollado, un México imponente y monstruoso, con sólidos tumores de oro, el que brotaba de las manos de Diego Rivera” (pág. 490); “Medellín, la clarísima, la ciudad que se abre sobre la montaña antioqueña como una orquídea de metal y de humo” (pág. 495); “La iglesia es la fábrica por excelencia. La madera y la piedra en función de plegaria” (pág. 474).

Es necesario tener presente que Rojas Herazo no fue un académico, sino un artista. Formas radicalmente distintas de contemplar el mundo y que sólo se rozan en las aristas —principalmente por emplear algunas de las mismas fuentes—. Y en torno de ese desencuentro, Rojas Herazo declaraba su posición en forma abierta: “El erudito es un animal intelectualmente blindado. Y es te-

mible. Mantiene una especie de fanatismo del conocimiento. Entre un anaquel repleto de libros y un erudito no existe otra diferencia que ésta: el erudito es un anaquel semoviente” (pág. 374). También por eso, lo mundano no está exiliado de esta compilación y es allí donde el humor del escritor se manifiesta en forma más abierta. Buen ejemplo de esto es como termina su descripción del concurso de Miss Universo: “La tierra, por un instante siquiera, nos vuelve a recordar el paraíso. No importa que éste quede más cerca de Mahoma que de Cristo” (pág. 615). Y también por esto mismo no es extraño que el cine, aquel medio por el cual el arte consiguió acercarse al gran público del siglo XX, le llamara tanto la atención, en especial sus figuras femeninas:

A las películas con un reparto encabezado por María Félix no vamos sino a eso: a ver a María Félix. A verla subir, un poco más de la cuenta, la ceja derecha y mirar a sus indefensos admiradores con el gesto de quien acaba de percibir un mal olor. También vamos a esas películas a oírle la voz a María Félix. Es algo ronca, de sangre contra hueso. Esa voz de sexo hondo, de sexo que se deja sentir. De sexo con cuevas y antecedentes de vigilia. Esa voz que —en su monótona forma de cargar los vocablos, de lastrarlos de profundidad y molicie— todo lo perturba y todo lo avasalla. Porque María Félix es un bello animal parlante. [pág. 618]



Este primer tomo de la compilación de los artículos periodísticos de Héctor Rojas Herazo, *Vigilia de las lámparas*, tiene, en fin, una virtud que para un reseñista no es común encontrar: las citas dignas de ser extraídas del libro sobrepasan muchas

veces el espacio mismo de la reseña. Por ello, antes que continuar enumerando citas, resaltemos por última vez lo obvio. Con este libro, García Usta y la editorial Eafit han realizado una valiosa labor de arqueología editorial, que no sólo contribuye a ensalzar la obra de ese multifacético artista que fue Rojas Herazo, sino que también nos recuerda una verdad que demasiadas veces olvidamos en un mundo cada vez más mediatizado, pero donde las noticias se suelen servir crudas, carentes de verdadera reflexión y análisis. Una verdad que no consiste en otra cosa que en saber que el periodismo, si se tiene el talento y la disposición, puede convertirse en un verdadero arte: un arte de lo actual.

ANDRÉS
GARCÍA LONDOÑO

Otra lección para los comunicadores con cartón

Obra periodística (1940-1970).
Tomo II: La magnitud de la ofrenda
Héctor Rojas Herazo (compilación y
prólogo por Jorge García Usta)
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2003, 546 págs.

Tal como sucede en el caso del primer tomo, el segundo tomo de la compilación de la obra periodística de Héctor Rojas Herazo es un volumen grueso y macizo; uno de esos libros orgullosos que intimidan, en razón de su simple tamaño, a los lectores de corto aliento. Pero esta vez, además, como si el mero tamaño del volumen no fuera suficiente advertencia, el color escogido por los editores para ilustrar la portada es el más temido por los lectores perezosos: el color ladrillo. Y *ladrillo*, podemos recordar, es el calificativo en el léxico estudiantil para todo libro

“pesado”. Un libro grueso y macizo que, además, tiene color ladrillo, como éste, debe de ser entonces un semáforo en rojo para los lectores de baja resistencia. Parece casi como si el mensaje de los editores fuera: “¡Están advertidos!”.

Pero en la misma portada se promete la recompensa para quienes decidan inscribirse al maratón de lectura, pues ésta se ilustra con la pintura titulada *Jinete solar* del mismo Rojas Herazo. La figura de un hombre sosteniendo un ave mientras monta un caballo de postura altiva es nada menos que una manifestación de gallardía, de aplomo en medio de los amarillos y ocres que reflejan la canícula. Tanto la advertencia como la invitación tienen cabida en la portada, entonces, y ninguna de las dos sobra, pues si bien el libro, en razón de ser una compilación de 236 artículos cortos, exige una buena dosis de concentración en el recorrido de sus páginas, también encierra una recompensa a la medida del desafío.



El primer tomo de esta compilación, titulado *Vigilia de las lámparas*, tenía como centro la cultura, entendida ante todo como práctica y observación de las artes, desde la poesía hasta la danza, del folclor al cine. En cambio, este segundo tomo, *La magnitud de la ofrenda*, carece de un elemento unificador similar. Integrado por tres partes, cada una de ellas es totalmente independiente en cuanto a su temática; incluso a veces no resulta fácil encontrar aquello que unifica a cada parte más allá de haber sido escritas por un mismo

autor. Quizá por eso, antes que prologado por un ensayo, como sucedía en el primer tomo, este segundo tomo viene precedido por el autorreportaje que Rojas Herazo publicó en la revista *Lámpara* en 1968, gracias al cual podemos disfrutar de esa escasa oportunidad que implica observar al escritor con sus propios ojos, extrañado y maravillado de sí mismo, con un lenguaje en que la melancolía le da la mano al humor y la sinceridad se nutre del desconcierto de estar vivo:

Quien le ve su andar de pesista de circo o de luchador que se dirige a un gimnasio, no sabe que toda esa fisiología no pasa de ser un mueble. Yo he sorprendido al niño tiritante que vive dentro de él como si jugara escondido. Como si esperara que, de un momento a otro, fueran a aplastarle una mano sobre el hombro y decirle: “¡Basta, se acabó esta tontería de una vez!”. Por eso tiene la voz gruesa y afirmativa de los animales que viven atemorizados. Temor a todo: a cortarse cuando se afeita; a engordar más de la cuenta; al solo hecho de estar vivo; a no ser entendido ni entender a los otros; a ser arrollado por un automóvil, por la espalda, cuando va caminando por una acera. [...] Le gustan lo mismo las películas de Bergman y Fellini que las películas mexicanas llenas de chulos y cabareteras hembrísimas y le compra juguetes a sus hijos con la severa prevención de que no los rompan para poder divertirse con ellos cuando se siente triste. [págs. 8-9]

De las tres partes que siguen al autorreportaje, la primera se titula “Inquirimos por nosotros”, y en ella se reúnen artículos marcados por la vivencia personal o la reflexión sobre la condición personal; textos que con frecuencia se encuentran más cercanos a la crónica que al artículo de opinión. Los pueblos secos y las casas abandonadas surgen entonces de los recuerdos y las imágenes presenciadas. Un personaje emblemá-